

LA DESNUTRICION INFANTIL COMO PROBLEMA SOCIAL ARGENTINO

Por

NORMA AMBLARD DE TAVERNA

DESDE mucho antes que Adolfo Quetelet (1836) y Augusto Comte (1837) fundaran la sociología, el problema de la desarmónica entre la producción y el consumo alarmó a no pocos filósofos, humanistas y hombres de ciencia, que veían en tal desequilibrio de medios, una alarmante sinrazón para el hombre del mundo. El ansiado bienestar de todos, buscado por los economistas clásicos que estimaban que la prosperidad general debe nacer de la libertad de cada uno de trabajar, hacer trabajar y enriquecerse, sin trabas ni reglamentación alguna —con todos los males que acarreó el sistema— continuó postulándose a través de innumerables tesis y enunciados en los siglos sucesivos. El hombre como grave problema sociológico, no termina nunca de ser comprendido por el hombre a pesar de ser él mismo materia y víctima de su drama. Los gobiernos se han preocupado siempre por el problema del hambre, canalizando no pocas razones de índole económica hacia la alimentación de sus pueblos. Cuidaban el abastecimiento y construían graneros de trigo en Europa y reservas de arroz en Oriente. Pero hoy, con los adelantos científicos respecto a los diversos valores energéticos de los alimentos, sabemos que no basta saciarse con determinada cantidad de ellos. La proporción conveniente, en mérito a una cantidad y una calidad equilibrada de alimentos protectores (ácidos aminados, sales minerales y vitaminas) y energéticos (Hidratos de car-

bono, proteínas y grasas) dará la necesaria ecuación nutritiva para que el organismo crezca y se desarrolle. La ausencia o insuficiencia de alimentos, provocará desde enfermedades graves como escorbuto, pelagra, beri-beri, raquitismo, cretinismo, etc. hasta atrasos del crecimiento, debilidad, falta de resistencia a las enfermedades infecciosas y otros trastornos carenciales de orden sistémico.

Incluso en países tan ricos como Inglaterra y Estados Unidos, encuestas serias permiten comprobar que la subalimentación (insuficiencia cuantitativa) y la mala nutrición (insuficiencia cualitativa) son males de grave preocupación social. Estas mismas encuestas establecen que una persona de cada tres está en estado de precarencia, con todo el cortejo de enfermedades, debilidades y envejecimiento precoz que estas deficiencias acarrearán.

En nuestro país, el problema de la alimentación deficiente es motivo de honda preocupación en los diversos regímenes políticos y sociales. Aquella comparación feliz dada alguna vez por Alfredo L. Palacios de que la Argentina era un gran niño raquítico, con cabeza enorme y cuerpo escuálido, puede aplicarse muy bien al problema de la desnutrición infantil. Porque si bien, nuestro país es considerado uno de los del mundo que llena en mayor grado las disponibilidades alimentarias (después de Canadá, Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda) la realidad es que, en este caso, la estadística se hace —en gran manera— sobre bases erróneas. Un sector sobrealimentado como el que es contenido por las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe, esencialmente, estabiliza y nivela en parte los guarismos muchas veces desastrosos que ofrecen en gran parte el resto de las provincias argentinas.

Los aspectos socioeconómicos de la desnutrición infantil en el país, seguramente no han sido medidos nunca en su entera intensidad. Porque solamente hospitales, asilos y escuelas, no son suficiente registro de los males de la subalimentación. En general, si bien sensibles en cierta medida en lo que a solución se refiere, los gobiernos argentinos nun-

La Desnutrición Infantil como Problema Social

ca han tratado de analizar exhaustivamente el quantum que la errónea política nutricia acarrea en la población del país. Nación de amplísimas posibilidades en recursos naturales, productos y subproductos animales, Argentina no termina de distribuir homogéneamente dichas riquezas.

Comenzando por la madre, que en no pocos medios de clase obrera y rural no puede nutrirse convenientemente, el problema en el niño asume características eminentemente de *raigambre*. De esta manera, es posible comprobar cómo un serio porcentaje de niños argentinos muestran ya en su primera infancia estigmas de índole carencial, atribuibles a razones de déficit alimentario materno.

Las anemias, cretinismos, displasias, etc. se ofrecen como verdaderas vergüenzas sociales, difíciles si no imposibles de remediar. Según el Doctor Joaquín Argonz, en su libro *Justicia Social - Soluciones Argentinas*, la discriminación estadística de las causas de muerte en niños de menos de un año de edad, demuestran con mayor eficacia que cualquier otro argumento, cuan importante es que los mismos puedan contar con una alimentación conveniente. Este mismo autor, observa que sobre 2182 defunciones producidas en la provincia de Santa Fe en 1941 en niños menores de un año, 578 —el 26 % del total— fueron causadas por *diarreas y enteritis*, afecciones que tienen su origen en casi todos los casos en la mala calidad o en la contaminación de los alimentos, por ser éstos de características inapropiadas. A casi 25 años de esa elocuente estadística, el problema no ha variado substancialmente en las provincias norteñas. Allí es donde se observan los más altos niveles de mortalidad infantil imputables a problemas de desnutrición, según lo apuntan los esporádicos estudios que se realizan en nuestro país. Según se ha destacado en varias oportunidades, los médicos que ejercen en estas provincias destacan que, cuando falta la leche materna, los niños son criados con cocimiento de trigo o maíz, cuando no con otros alimentos más inapropiados. Las tristes consecuencias que son lógico esperar en la primera infancia, se potencian en las etapas si-

güentes de la niñez ante la práctica carencia de alimentos como verduras, frutas y ciertas carnes. Ante tales condiciones deficitarias, se presentan en estos rincones del país verdaderas patologías desnutricionales que, en general, no se certifican oficialmente en su entera gravedad.

Uno de los fenómenos que se presentan más comúnmente como resultado de la mala nutrición infantil en el país, es el que se refiere al retardo de crecimiento. En estos últimos años, es muy grande la cantidad de niños con trastornos de crecimiento que observamos en los servicios a que concurrimos. Y al hablar de crecimiento, debemos tener en cuenta que éste es el aumento en peso y altura, además de acompañarse de una diferenciación y maduración celular y tisular, que constituye el desarrollo. El sinnúmero de alteraciones en el peso, talla y el desarrollo que comprobamos en nuestros servicios (salvando las condiciones familiares, genéticas, infecciosas y telúricas), obedecen en gran parte a trastornos de orden alimentario. Pero lo que es más grave, a la causa nutritiva o carencial que presentan estos niños se agregan generalmente infecciones crónicas o parasitosis mal tratadas o ignoradas, que hacen que en la práctica el cuadro de estos pacientes se torne confuso y oscuro en su tratamiento. Salvo escasos retardos de crecimiento de origen endócrino, la gran mayoría son debidos a esta causa.

Ante tal evidencia de hechos, no puede continuarse en forma harto insensible, con regímenes polítosociales completamente ajenos a la materia. *La vida moderna —dice el Doctor Pedro Delore— es en muchos aspectos antinatural y antihumana. Importa reintegrar lo humano a la ciencia, la industria, al comercio, los negocios; importa humanizar estos últimos, construir la vida social a la medida del hombre*". En tal medida, es imprescindible aportar soluciones factibles al problema de la subalimentación en la Argentina. Con una niñez hiponutrida, en gran parte de su territorio, la nación no puede esperar generaciones potencialmente útiles. Así como Gran Bretaña, en su momento, se abocó a una política alimentaria como primera tentativa real de nutrir

La Desnutrición Infantil como Problema Social

a la población según los principios científicos de la nutrición, así también nuestro país debe resolver sin más dilaciones este grave problema.

Como en el citado país europeo, la solución podría apoyarse en tres reglas principales:

1º Desarrollar al máximo la producción agrícola-ganadera argentina, en forma de suministrar las mayores cantidades posibles de alimentos necesarios para mantener la población no sólo en buen estado de salud, sino también con alto rendimiento.

2º Realizar la distribución de alimentos según su particular valor nutritivo, teniendo en cuenta las necesidades de nutrición y sin reparar en el ingreso familiar.

3º Mantener en el país una reserva clásica de productos no racionados, para cubrir las necesidades variables de energía.

Abocándose a la efectivización de estas premisas en forma coherente y sin pausas, el país tendrá una niñez con buenas reservas físicas y de una educación nutritiva acorde con la época que vivimos.

